

Derecho de mirada

Los cuerpos, lo sabemos, son para ser mirados, apreciados, deseados... Qué otro sentido tendría entonces la moda, la publicidad, la misma civilización si no fuera el crear el deseo, el permitirnos un asomo al placer. Porque “mirar es apropiarse”, le decía yo a mi amigo Julio, mientras girábamos los cuellos siguiendo el paso soberbio de unas caderas que nos hacían cimbrar el pecho y ronronear como felinos.

He oído decir más veces de las que desearía, que a los hombres sólo nos interesa el sexo, por más que reconozcamos que tenemos que pasar por la escenificación del romance, y que las mujeres prefieren el romance, que ellas no están buscando sólo el placer... y todo eso.

Extraña conclusión cuando, por otro lado, entiendo que una de sus mayores luchas se da justamente en el derecho al placer. En fin, que no acabamos de ponernos de acuerdo porque, hay que dejarlo bien claro, sí es verdad, al menos parece muy convincente eso de la visión y la mirada apolínea en la construcción civilizatoria de Occidente, pero también que la apropiación de los cuerpos femeninos por parte de los hombres tiene más implicaciones que el solo machismo.

Yo no sé si es verdad, como dice mi amigo, que todos jugamos un juego en el que las mujeres fingen creerse la estrategia del amor para aceptar irse a la cama con los hombres, o nosotros pensamos que ellas creen tal cosa para evitar comprometernos más allá de las palabras.

Porque la vida nos va enseñando que hay más matices que el blanco y negro con los que solemos mirarla. De hecho, la riqueza que vamos encontrando en las relaciones nos muestra que debemos aprender a mirar de otra manera, a ensanchar la mirada, por decirlo en una frase. Porque es verdad que nuestra parte animal está siempre presente en todas nuestras relaciones, que hemos cambiado poco en lo que al sexo se refiere, por más que hayamos aprendido a reprimirlo en nuestro tránsito hacia la civilización, pero también que este proceso nos ha permitido mirar la vida de una manera que hace 10 mil años no hubiéramos siquiera imaginado.

Es decir, hay un equilibrio que nos permite ser al mismo tiempo elementales y sofisticados, y en muchos sentidos eso es lo que le da sabor y variedad a nuestras relaciones.

Y sí, tenemos forma de justificarnos cuando miramos el paso cadencioso de caderas, piernas y cin-

turas menudas. “Es la mirada apolínea que nos permite construir el mundo, la misma que nos permitió la construcción de la civilización occidental”, la que hizo posible el surgimiento del arte, de la ciencia y, desde luego, de los cánones de belleza, y la belleza en sí, por lo menos en lo que a su apreciación se refiere. La apreciamos porque la construimos, porque marcamos cada rasgo, cada línea, por eso podemos decir sin sonrojarnos, mientras los ojos recorren los cuerpos femeninos que pasan a nuestro lado, que tenemos derecho a mirar.

Por más que muchas mujeres no sean capaces de entenderlo y se disgusten de esa mirada que ellas consideran atrevida, o lúbrica, o lo que sea. Para desgracia nuestra, de los mirones quiero decir, incluso se ha estudiado en el DF hacer punibles estas miradas. Y no es broma.

Pero ya pueden decir que somos animales acechantes, perros de presa, hienas hilarantes, porque nos sentimos con derecho de mirar, de escudriñar, de regodearnos con los cuerpos que pasan a nuestro lado, porque es nuestra naturaleza, nos decimos, nos justificamos, nos enorgullecemos. Ya pueden encerrarnos en una celda por el pecado del deseo, por la mojigatería de nuestras autoridades y representantes, estoy seguro que nadie dejará de mirar porque, veamos, en eso de la igualdad ellas pueden reclamar su derecho a mirarnos también, y estoy seguro de que nadie se quejará.

Es más, de qué podrían quejarse si han asumido con orgullo desde siempre una moda que los hombres hemos creado para ellas, desde el sostén a las tanguas, de las minifaldas a las medias de seda. Un científico amigo me explicaba hace algunos años que el calzado femenino se producía de tal forma que el piso, las suelas y tacones produjeran al andar el suave balanceo que nos enloquecía a nosotros, los hombres, y yo conozco pocas mujeres que no se atrevan a usar zapatos altos, o de punta, a sabiendas de que realzan sus piernas y caderas y producen al andar el suave balanceo que nos enloquece. Cuestión de puntos de vista, es cierto, pero en todo caso la batalla no es contra los productores del calzado sino contra la mojigatería que de cuando en cuando inunda nuestra sociedad y nuestras leyes.

Bien haya por aquéllas que gustan de la ropa interior sensual, por las mujeres que prefieren el tacón a los zapatos planos y por aquéllas que se deslizan por las banquetas como ninfas surgiendo del mar. A ellas dedicamos los hombres nuestros suspiros, que por lo demás suelen ser tan inocentes que se desvanecen sin alcanzarlas en el aire tibio de la tarde. ¶